

DON JACINTO DEL CASTILLO Y DOÑA LEONOR DE LA ROSA



CURIOSA RELACIÓN

en que se manifiestan los amores y sucesos de don Jacinto del Castillo y doña Leonor de la Rosa, por la violencia que hizo su padre para que se casase con otro, y lo demás que verá el lector.

PRIMERA PARTE

Sagrada Virgen María,
antorcha del cielo empero,
dame tu divina gracia,
pues de veras te lo pido,
para que escribir acierte
el caso más peregrino

que celebran los anales,
ni en las historias se ha oído.
Sucedio en la gran Coruña,
el mejor puerto lucido
que tiene el mar en su margen,
de mil alabanzas digno.

En esta ilustre ciudad
nació de padres altivos
doña Leonor de la Rosa,
a quien el cielo propicio
se esmeró en hermosarla
para encanto de Cupido.
Fué tal su extrema belleza,
que pasó a ser un prodigio,
pues no hubo hombre que al verla
no se quedara rendido.
Al cuidado de sus padres,
con el recato debido
se crió, y apenas tuvo
los quince abriles cumplidos,
cuando amor tiró una flecha,
quedando herida del tiro,
que la mujer que es hermosa
trae el presagio consigo,
pues bastó llamarse Rosa,
que pocas rosas he visto
que no mueran deshojadas
en mitad del precipicio.
La causa fué un caballero,
don Jacinto del Castillo,
tan galán como bizarro,
valiente como entendido.
Este dió en galantearla
con fiestas y regocijos;
la dama le corresponde
con amorosos cariños,
que enamorada y rendida
estaba de don Jacinto,
y con palabra de esposa
a su amante satisfizo.
Todas las noches se hablaban
por un balcón, que testigo
era de sus muchas penas,
y como amantes tan finos,
descansan uno con otro
repitiendo mil cariños.
Dejemos en este estado
a Leonor y a Jacinto,
gozándose en los coloquios
que el amor trae consigo,
y pasemos a dar cuenta
de cómo el don Francisco,
que era padre de esta dama,
ya tenía otros designios,
y era darla a un caballero,
que era muy rico y su amigo,
don Fernando de Contreras,
que enamorarlo y rendido
de la singular belleza
y el encantado prodigio
del hechizo de Leonor,

determinóse y le dijo:
«Señor don Francisco, yo,
como hombre, solicito
alcanzar favores vuestros,
si merezco que lo altivo
de la bellissima mano
de Leonor, que tanto estimo,
con el renombre de esposa
me concedáis cual os pido.»
Y don Francisco, que estaba
deseando aquello mismo,
al momento se la ofrece,
prometiéndole de fijo
con ella dos mil ducados
y alhajas de oro muy fino.
Quedóse así, y don Fernando
contento y agradecido;
alegres se despidieron,
y al momento don Francisco
se partió para su casa;
dándolas cuenta y aviso
a su mujer y a su hija,
muy alegremente dijo:
«¿No sabes tú, Leonor,
hija del corazón mío,
cómo te tengo criada,
que será tu gusto y mío,
con don Fernando Contreras,
hombre rico y bien nacido?
Es noble, afable, discreto,
como tú, Leonor, lo has visto;
sólo aguardo tu respuesta
para dársela al proviso.»
Y Leonor, como tenía
las potencias y sentidos,
el corazón, vida y alma
en su amante don Jacinto,
fué a responder y no pudo,
que la fuerza de un delirio
la traspuso en un desmayo,
envuelta en un parasismo.
Aquí el coral de sus labios
en nieve se ha convertido.
Apenas vuelta en su acuerdo,
Leonor a su padre ha visto,
volviendo segunda vez
a tratar de lo que ha dicho.
«Acaba, Leonor, acaba,
responde a lo que te digo,
porque don Fernando está
idolatrando tu hechizo.
Es noble y muy poderoso,
como ya te he referido;
te hará dueña de su hacienda,
tendrás descanso y alivio;

En que
y doña L
que los

Dije en
cómo va p
don Jacint
ambos de
Apenas el
daba luz a
del camino
y entre un
de una fro
se quedaro
Pidió Leon
le conceda
guardase
hasta que



SEGUNDA PARTE

En que se da cuenta cómo se embarcaron don Jacinto del Castillo y doña Leonor de la Rosa, y fueron apresados por unos corsarios que los llevaron a Argel, donde los condenaron a ser quemados.

Dije en la primera parte

cómo va por el camino

don Jacinto con Leonor,

ambos de amor rendidos.

Apenas el claro día

daba luz a los nacidos,

del camino se apartaron.

y entre unos ásperos riscos

de una frondosa montaña

se quedaron escondidos.

Pidió Leonor en merced

le conceda don Jacinto

guardase su castidad,

hasta que el Cielo divino

les eche su bendición.

«Esto, señor, os suplico,

porque quiero me logréis,

no galán, sino marido»;

y como hombre discreto

lo concedió don Jacinto,

que los generosos pechos

saben vencerse a sí mismos.

Llegó la noche y caminan;

y de la suerte que digó

llegaron hasta Bayona,

que es puerto de mar muy rico,

al tiempo que un mercader

salía con su navio

a la ciudad de Venecia,
conque ajustó don Jacinto
el viaje, y se embarcaron
con contento y regocijo,
dándose, pues, a la vela
surcando el mar cristalino;
pero trajo la desgracia
dos navíos argelinos:
los cercan por todas partes,
conque apresan el navío,
y después de aprisionados
con cadenas y con grillos,
dieron en Argel con ellos,
y a pregón fueron vendidos.
A Jacinto y a Leonor
los compró un moro muy rico,
el cual los presentó a Zaida
por la estimación que hizo;
es del rey de Argel hermana,
hermosa como el Sol mismo,
la cual contenta y alegre
recibió los dos cautivos.
Estimó mucho el presente,
y así que la turca ha visto
la belleza de Leonor,
lo bien dispuesta y el brío,
la hizo su dama de estrado;
mas viendo de don Jacinto
lo galán y lo bizarro,
lo discreto y entendido,
le hizo su mayordomo.
También juntamente hizo
de que la arábiga lengua
le enseñasen al proviso;
tan buena cuenta le daba
cuidadoso y discursivo,
que ya Zaida se abrasaba
en amores del cautivo.
Se quejaba una mañana
a sus solas don Jacinto;
pensando nadie le oía,
aquestas palabras dijo:
«Sagrada Virgen María,
Madre del Verbo Divino,
ten de mi misericordia;
y si a tu santo servicio
conviene el que yo padezca,
padezca, que es gusto mío;
lluevan sobre mí trabajos,
y los más fuertes martirios,
que ha inventado la herejía,
pues lo tengo merecido.»
Zaida, que escuchando estaba
los lamentos de Jacinto,
entró con semblante alegre

diciendo: — Cristiano mío,
¿qué tienes, que así te quejas
lloroso y enternecido?
Con humildad la responde:
— Estoy pensando en el libro
de mis trágicos sucesos,
y en pensándolo me aflijo.
— ¿Serás casado en tu tierra?
— Nunca, señora, lo he sido.
— ¿Tendrás amor en España?
— Es verdad que lo he tenido,
pero ahora no lo tengo,
porque los conceptos míos
están todos en Argel:
este es el dolor que gimo.
Y Zaida, muy vergonzosa,
le dice: — Mira, cautivo,
si tú olvidas a tu Dios
y sigues la ley que sigo
de mi profeta Mahoma,
tú te casarás conmigo,
gozarás muchas riquezas,
y tendrás muchos cautivos;
esto has de hacer, no lo dudes,
esto te está bien, Jacinto.
El cual respondió muy triste,
lanzando un grande suspiro:
— ¿Cómo quieres que yo olvide
a un Dios de gracia infinito,
a un Dios que por su bondad
quiso por su amor divino
redimirme con su Sangre
por librarme del abismo?
¿Cómo puedo ser ingrato
a quien tanto bien me hizo?
— Calla, infame, no prosigas,
que a no hacer lo que te digo,
con la vida pagarás
la vergüenza que reprimo.
Deja, cristiano, tu ley,
accede a lo que te digo,
que aquel que sigue a Mahoma
goza bienes infinitos;
si no lo quieres hacer,
tendrás el mayor castigo
que se haya visto en Argel.
Y replicó don Jacinto:
— No dejaré yo mi ley;
esto fuera un barbarismo,
aunque mil vidas tuviera
que rendirle en sacrificio:
la ley de Dios resplandece,
que Mahoma es un maldito;
siguele, que irá tu alma
a los profundos abismos.

esto ha de ser por la fuerza,
si no quieres por cariño...»
Y remitiéndose al llanto,
hechos sus ojos dos ríos,
balbuceando palabras,
resueltamente le ha dicho:
«Padre y señor, don Fernando
nunca fué del gusto mío.
¿Qué importa que sea noble?
¿Qué implica que sea rico,
si jamás han congeniado
sus conceptos con los míos?
Que don Fernando sea noble,
también lo soy yo, padre mío;
que sea dueño de su hacienda,
yo soy la que me cautivo;
la que por fuerza se casa,
por interés de lo rico,
no es mujer, sino una esclava
que se vende en el guarisino
de la ambiciosa codicia;
esto, señor, es muy fijo.
En cuanto a tomar estado,
esto de darme marido,
no ha de ser al gusto vuestro,
ha de ser al gusto mío.
Y pues es fuerza os declare,
como a padre, mi designio,
yo tengo puesto mi afecto,
el corazón y sentido,
por mandato de mi amor,
en don Jacinto del Castillo;
con él tengo esposo a gusto,
pues con el alma le estimo...»
Viéndola el padre resuelta,
furioso, ensoberbecido,
asióla por los cabellos,
que eran hebras de oro fino,
y con golpes y arrastrando
la metió en su cuarto mismo;
con un puñal en la mano,
en viva rabia encendido,
amenazóla de muerte,
diciendo: «Haz lo que te digo,
o la vida rendirás
al golpe de este cuchillo.»
Viendo Leonor que en su pecho
moraba el de don Jacinto,
y que es fuerza peligrase
en semejante conflicto,
con un cauteloso engaño,
dijo: «Padre y señor mío,
ya me resuelvo a que sea
don Fernando esposo mío.»
Con esto el padre abrazóla

contento y agradecido,
dejándola; cuando al cabo
de cuatro días a cinco
escribió doña Leonor
una carta a don Jacinto,
diciendo lo que la pasa,
que la sacase al proviso;
mas no fué tan en secreto,
que la cogió don Francisco;
hallóla tan inconstante,
según por lo contenido.
Volvió otra vez indignado,
y a doña Leonor la dijo:
«Mira, infame, este papel
que envías a don Jacinto.»
Encerróla, y dispusieron,
que con Fernando, al proviso,
el vicario la casase
por evitar un peligro,
porque en andando el dinero
todo se encuentra vencido.
Quisiera escribir aquí
las lágrimas, los suspiros,
los sollozos, los lamentos,
los pesares y los gritos
que la triste dama hacía,
muy bien lo dice ello mismo.
Si el disimular su pena
no le fuera tan preciso,
reventara de dolor;
mas volvióse en basilisco,
cual vibora, cual serpiente
que con su veneno mismo
antepone su venganza
destruyendo a su enemigo.
Tuvo lugar y escribió,
diciéndole a don Jacinto:
«Esposo mío y señor,
dueño del alma querido,
hoy mi padre de por fuerza,
con harto dolor lo digo,
con qué pena lo refiero
y con qué llanto lo escribo!
hoy me ha casado, ¡ay de mí!
hoy te perdí, dueño mío;
a causa de esta gran pena,
las lágrimas hilo a hilo
de mis ojos se desprenden;
remediarlo no he podido.
¿Yo casada sin mi gusto?
reviento sólo en decirlo.
¿Yo verme con otro dueño?
¿Yo en brazos de mi enemigo?
Huyamos de los que causan
tus disgustos y los míos:

para esta noche te espero,
vendrás bien apercibido,
que una criada avisada
te entrará en el cuarto mío,
y nos iremos los dos,
y en otro reino distinto
nos casaremos después,
pues tengo ya prevenidos
muchos doblones y joyas,
muchas sortijas y anillos.
Esto, señor, te encarezco,
no haya falta en lo que digo.»
Todo aquel día se estuvo
el padre con los padrinos
trazando para la noche
mil fiestas y regocijos,
y la cautelosa dama
al inocente marido,
para cubrir su ponzoña,
mostraba amor y cariño.
Vino la noche, y con ella
a la puerta don Jacinto,
bien prevenido de armas,
y la criada al proviso
le ha tomado de la mano
y en un cuarto le ha metido,
sin que nadie reparara,
y allí se quedó escondido.
Llegó, en fin, la media noche,
se terminó el regocijo,
y todos los convidados
a sus casas se habían ido.

Entró Leonor en su cuarto,
halló en él a don Jacinto,
y allí trataron el cómo
han de lograr su designio.
Entró después don Fernando,
despojándose el vestido;
pensando hallarse en los brazos
de Leonor, que tanto quiso,
se halló en brazos de la muerte,
porque salió don Jacinto
y con recias puñaladas
abrió al alma dos postigos,
y revolcado en su sangre
se quedó cadáver frío;
y saliéndose a la calle,
allí montaron muy listos
en un ligero caballo
que tenían prevenido.
Al estruendo y alboroto,
pronto la justicia vino
solicitando prenderlos;
mas don Jacinto, atrevido,
con dos fuertes trabucazos
derribó cuatro ministros,
con que franqueó la calle,
y saliéndose al camino,
dejan de correr y vuelan,
huyendo de su peligro.

Y en otra segunda parte,
según consta por escrito,
diráse el fin que tuvieron
doña Leonor y don Jacinto.



Con est
salió fu
«¡Ah de
jah de
venid,
a este c
que qui
violenta
tome m
de aque
que no
esta ma
A las ve
y prend
sin adm
que lo c
le sente
por blas
Dejemo
entre ca
a don J
a la dan
porque
estaba c
en amor
y que e
trazand
el rendi
Persuad
mostrán
pero la
nunca d
Un día
que la c
encerró
y estas
«Hermo
rémora
gasi des
señor de
Olvida a
que hac
tendrás
joyas, d
pues sie
todo est
y pues t
que por
de mi te
he de ha
esto ha
si no qu
que a n
seré tu
¿qué res

Con esto, Zaida, indignada,
salió fuera dando gritos:
«¡Ah de mis criados, hola!
¡ah de mi guardia y ministros!
venid, prendan al instante
a este cristiano atrevido,
que quiso, soberbio o loco,
violentar el honor mío;
tome mi hermano venganza
de aqueste infame cautivo,
que no es razón que se quede
esta maldad sin castigo.»
A las voces acudieron
y prenden a don Jacinto,
sin admitirle más pruebas
que lo que la turca dijo,
le sentencian a quemar
por blasfemo y por lascivo.
Dejemos en la prisión,
entre cadenas y grillos
a don Jacinto, y pasemos
a la dama, que es preciso,
porque en este mismo tiempo
estaba el moro encendido
en amores de Leonor,
y que estaba tan perdido
trazando por mil maneras
el rendirla a su apetito.
Persuadióla muchas veces,
mostrándose amante fino;
pero la discreta dama
nunca dió a su amor oído.
Un día la cogió a solas,
que la desgracia lo quiso;
encerróla en un retrete,
y estas palabras la dijo:
«Hermosísima Leonor,
remora de mis sentidos,
¿así desprecias a un rey,
señor de tal poderio?
Olvida a tu Dios, reniega,
que haciendo lo que te digo
tendrás reinos y vasallos,
joyas, diamantes, zafiros,
pues siendo tu amante un rey
todo estará a tu servicio,
y pues te tengo en paraje
que por imposible miro
de mí te puedas librar,
he de hacer el gusto mío;
esto ha de ser por la fuerza
si no quieres por cariño,
que a no hacer lo que te mando,
seré tu fiero enemigo;
¿qué respondes, Leonor?»

Y ella, suspirando, dijo:
«Eso es cansarse en vano,
y lo tengo a desvario,
el pedirme que reniegue
del Señor que el cielo hizo.
En cuanto a querer lograrme,
esto, señor, bien lo afirmo
que ha de ser muy imposible
el alcanzarlo conmigo.
Confieso que eres mi rey,
y como rey, señor mío,
la vida podrás quitarme,
pero no el honor que estimo.»
Viendo el moro de Leonor
la dureza con lo esquivo,
fué a asirla y sujetarla;
y ella, viendo su peligro,
sacó al moro de la cinta
el alfanje damasquino;
prosigue el moro en su intento
y ella resuelta le ha dicho:
«Así defendiendo mi honor,
aun de los reyes lascivos»;
y con un fiero revés
le dejó un brazo en un hilo.
Viéndola el moro resuelta
y viéndose mal herido,
comenzó a llamar a voces
a su guardia, y luego vino.
«A esta homicida cristiana
prendedla, soldados míos,
y haced que rinda la vida
entre crueles martirios;
pues es su intento el matarme
con el mismo alfanje mío.»
Como en la mano le tiene,
la comprueban el delito.
Ven al rey que está mortal
y con su sangre teñido;
prendiéronla y la llevaron
adonde está don Jacinto.
De que se vieron los dos,
ambos lloran hilo a hilo;
Jacinto asido a Leonor,
y Leonor a Jacinto,
diciendo: «Esposo del alma,
ya se cumple el gusto mío,
ya e-toy condenada a muerte,
pues voy a morir contigo,
y esto por guardar mi honor
del rey, que lograrme quiso,
y porque no renegué
de la ley de Jesucristo.
Esta es la postrera vez
que hemos de hablar, dueño mío,

ya no nos veremos más,
 pues nos separa el suplicio,
 y la muerte nos aparta,
 pues la suerte lo ha querido
 no nos veamos casados.»
 Y llorando se han pedido
 el uno al otro perdón,
 y se perdonaron finos;
 y abrazados tiernamente,
 se dicen enternecidos:
 — Ten ánimo, esposa mía,
 — Ten valor tú, dueño mío,
 que para Dios todo es nada;
 ya nuestro intento es cumplido.
 Sirva este abrazo de yugo,
 los suspiros de padrinos,
 sea nuestro amor las arras,
 nuestra firmeza el anillo,
 nuestras congojas la mano,
 las lágrimas los testigos,
 el tálamo nuestras penas,
 la bendición los martirios,
 pues con martirios se curan
 yerros que hemos cometido.
 Y a la siguiente mañana
 los infernales ministros
 sacan a los dos amantes
 de donde estaban metidos,
 a cumplirles la sentencia,
 en pago de sus delitos.
 Encima de un carromato
 venían apercebidos
 con dos palos hechos aspa,
 y luego entre cuatro o cinco
 a Leonor la desnudaron,
 deshonestos y atrevidos,
 hasta que en carnes la dejan,
 enseñándola al gentío;

y con tenazas ardiendo
 los inhumanos ministros
 de sus delicadas carnes
 le van tirando pellizcos.
 Decía la triste dama
 con dolor tan excesivo:
 «¡Ah!, sea por la pasión
 que padeció Jesucristo.»
 Alzó los ojos al cielo
 y dijo: «Dios y Señor mío,
 inmenso rey de la gloria,
 este afrentoso martirio,
 esta vida, estos tormentos,
 os ofrezco en sacrificio,
 en recompensa, Señor,
 de mis culpas y delitos.»
 Del mismo modo llevaban
 por delante a don Jacinto,
 y de este modo llegaron
 al incendio prevenido.
 Llegaron ensangrentados,
 y luego los homicidas
 los juntan por las espaldas
 muy fuertemente ceñidos;
 al incendio los arrojan,
 y entrambos arrepentidos
 entre las llamas decían:
 «Inmenso Dios, infinito,
 misericordia, Señor,
 clemencia y perdón pedimos;
 en vuestras manos, gran Dios,
 nuestras almas os rendimos.»
 Y de esta suerte acabaron
 los dos amantes tan finos.

Sirva de ejemplo a los padres
 que violentan a sus hijos
 para que tomen estado
 por el interés movidos.

FIN

MADRID. — Despacho: Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.), Arenal, 11.